

MOISES, EL LIBERTADOR

Pasaron los años, Moisés creció, fue adonde estaban sus hermanos y los encontró transportando cargas. Y vio cómo un egipcio maltrataba a un hebreo, uno de sus hermanos. Miró a un lado y a otro, y viendo que no había nadie, mato al egipcio y lo enterró en la arena.

Al día siguiente, salió y encontró a dos hebreos riñendo, y dijo al culpable:

—¿Por qué maltratas a tu compañero?

Él le contestó:

—¿Quién te ha nombrado jefe y juez nuestro? ¿Es que pretendes matarme como mataste al egipcio?

Moisés se asusto pensando que la cosa se había sabido.

Cuando el Faraón se enteró del hecho, buscó a Moisés para darle muerte; pero Moisés huyó del Faraón y se refugió en el país de Madián.

(...) Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse.

Moisés dijo:

—Voy a acercarme a mirar este espectáculo tan admirable: cómo es que no se quema la zarza.

Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza:

—Moisés, Moisés.

Respondió él:

—Aquí estoy.

Dijo Dios:

—No te acerques. Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado.

Y añadió:

—Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.

Moisés se tapó la cara temeroso de mirar a Dios. El Señor le dijo:

—He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, el país de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado a Mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora, anda, que te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas.

Moisés replicó a Dios:

—¿Quién soy yo para acudir al Faraón o para sacar a los israelitas de Egipto?

Respondió Dios:

—Yo estoy contigo, y esta es la señal de que yo te envío: que cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en la montaña.

Moisés replicó a Dios:

—Mira, yo iré a los israelitas y les diré: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntan cómo se llama, ¿qué les respondo?

Dios dijo a Moisés:

—"Soy el que soy". Esto dirás a los israelitas: "Yo soy" me envía a vosotros. (...)

Pero Moisés insistió al Señor:

—Yo no tengo facilidad de palabra, ni antes ni ahora que has hablado a tu siervo; soy torpe de boca y lengua.

El Señor replicó:

—¿Quién da la boca al hombre? ¿Quién lo hace mudo o sordo, tuerto o ciego? ¿No soy yo, el Señor? Por tanto ve; yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que tienes que decir.

Insistió:

—No, Señor; envía al que tengas que enviar.

El Señor se irritó con Moisés y le dijo:

—Aarón, tu hermano el levita, sé que habla bien. El viene ya a tu encuentro y se alegrará de verte. Háblale y ponle mis palabras en la boca. Yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que tenéis que hacer. El hablará al pueblo en tu nombre, él será tu boca, tú serás su Dios...

PARA DIALOGAR

—Ideas y sentimientos suscitados.

—¿Qué situaciones actuales refleja? Concreta.

—¿Qué paralelismo existe con mi vida?

—¿Cuáles son las situaciones actuales de opresión?

—¿Cómo se concretan las llamadas de Dios, hoy?

—¿Conozco personas que están dando una respuesta auténtica a esta llamada?

—¿Cuáles son las excusas de Moisés y las mías?

—¿Con qué elementos contó Moisés para la liberación del pueblo? ¿Y yo?

—¿Qué debo cambiar en mi vida?